



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Marcela Croce

Universidad de Buenos Aires

marcela.croce@gmail.com

Oscar Masotta, un arltiano que se cree sartreano

Oscar Masotta, an Arltian that Believes Himself to Be a Sartrean

Resumen

La carrera de Oscar Masotta ha sido habitualmente dividida en etapas, desde el inicio en la crítica literaria hasta el momento psicoanalítico final, pasando por un período dedicado a la estética de los medios de comunicación en los años 60. La propuesta que se presenta aquí es la de un *continuum* crítico, a lo sumo con predominio de diversas tendencias, arraigado en la lectura de Jean-Paul Sartre y el impacto de la fenomenología de Merleau-Ponty en la década de 1950. La figura de Roberto Arlt, objeto que ocupa al menos diez años de la labor de Masotta, y el planteo dicotómico de *Conciencia y estructura* en función de la organización del campo intelectual porteño son los puntos sobresalientes del recorrido que se somete a escrutinio.

Palabras claves

Crítica literaria, existencialismo, fenomenología, psicoanálisis, Contorno.

Abstract

Oscar Masotta's career has usually been divided into stages, from the beginning in literary criticism to the final psychoanalytic moment, passing through a period dedicated to media aesthetics in the 60s. Here is presented the proposal of a critical *continuum*, at most with the predominance of various tendencies, rooted in the reading of Jean-Paul Sartre and the impact of Merleau-Ponty's phenomenology in the 1950s. The figure of Roberto Arlt, an object that occupies at least ten years of Masotta's work, and the dichotomous approach of *Conciencia y estructura* based on the organization of the Buenos Aires intellectual field are the outstanding points of the journey that is submitted to scrutiny.

Keywords

Literary criticism, Existentialism, Phenomenology, Psychoanalysis, Contorno.

“¿Qué he hecho yo con lo que los demás querían que fuera?” La contundencia de la frase sartreana de *San Genet, comediante y mártir* (1952) que sobrevuela “Roberto Arlt, yo mismo” es reemplazada por una cita de la *Crítica de la razón dialéctica* a fin de postular la subjetividad como equívoca elección de lo que la sociedad impone, en el epígrafe de *Sexo y traición en Roberto Arlt* de 1965. Es el momento en que Oscar Masotta se integra al catálogo de Jorge Álvarez que el año anterior había lanzado *Literatura argentina y realidad política* de David Viñas y que en 1967 publicará *Martínez Estrada, una rebelión inútil* de Juan José Sebreli, como si la editorial fomentara la reunión –aunque más no fuera por proximidad de listado– de los antiguos contornistas.

La revista *Contorno* (1953-1959) es mito de origen de la crítica argentina de la segunda mitad del siglo XX. En una época en que la producción académica estaba dominada por la filología y se complementaba con la estilística, el grupo que confluyó en sus páginas reponía las condiciones socio-políticas de los textos. La inmanencia no era una opción para los hermanos Ismael y David Viñas, bajo cuya orientación surgió la idea de editar un par de pliegos sin periodicidad estricta. El estudio jurídico de Ismael, en avenida Diagonal Norte, fue el domicilio oficial de la publicación, cuyo texto de apertura apuntaba a inscribirse centralmente en la historia literaria nacional: “Los martinfierristas: su tiempo y el nuestro”. Entendida como manifiesto, la intervención inicial de Sebreli –pese a la condición lateral que le correspondería en el conjunto– encolumnaba la heterogeneidad en que confluían León Rozitchner, Adolfo Prieto, Noé Jitrik, Carlos Correas, Adelaida Gigli y Masotta.

Sin ánimo de determinar los objetos masottianos a partir de su inserción inaugural en *Contorno*, corresponde evaluar el papel que Masotta cumplió dentro de la publicación y, más estrictamente, el modo en que las elecciones contornistas incidieron en o coincidieron con las preferencias masottianas. Del lado de los enemigos de la publicación destacaban Eduardo Mallea y la revista *Sur*, a la que Masotta le dedicará un extenso artículo, “*Sur* o el antiperonismo colonialista” (n.



5/6, 1956). Allí se ocupaba de rechazar el llamamiento a un frente único antiperonista proclamado por Victoria Ocampo en el n. 237 de su revista, titulado programáticamente “Por la reconstrucción nacional” en el bimestre noviembre-diciembre de 1955, luego del golpe del Estado que derrocó el gobierno de Juan Domingo Perón el 16 de septiembre de ese año. En 1954 *Contorno* había lanzado dos entregas proclamando sus escasas adhesiones intelectuales: una edición dedicada a Arlt (número 2) y otra a Ezequiel Martínez Estrada (número 4). Los libros de Sebrelí y Masotta editados por Jorge Álvarez encuentran su origen remoto en esas pocas páginas, menos por colaboración efectiva (Masotta no intervino en el homenaje a Arlt, en el cual proliferaban en cambio los seudónimos de ambos Viñas) que por el llamado de atención sobre esos nombres y esas obras. Mientras Arlt era el novelista que certificaba con su prosa descarnada la angustia del habitante urbano solitario,¹ Martínez Estrada entrenaba los tonos destemplados para erigirse en ensayista y recuperar la condición performativa del género; lo que Germán García llamó para el ejemplo masottiano “fuerza de impacto, inseparable del tema” (en AA.VV 2000 8). Acaso en este punto convenga situar –el término no es inocente respecto de la impronta fenomenológica de esos años– el libro de Masotta sobre Arlt.

¿Qué ha hecho Masotta con lo que Sartre hizo con Genet? podría ser el interrogante para asomarse a este volumen que juzgo más arltiano que sartreano porque lo encuentro antes impregnado de la concepción de Arlt, como corresponde a un ensayo que se fascina con el objeto, que encaramado en la apoyatura teórica, como reclamaría un ejercicio crítico más convencional. Su existencialismo abreva en la experiencia de clase tanto como en la bibliografía transitada.² “Hay en Arlt

¹ *Arlt, el habitante solitario* es el título del libro de Diana Guerrero de 1972, cuya autora integra la nómina de desaparecidos durante la dictadura militar argentina. Al cabo de casi una década y media el texto fue rehabilitado mediante reedición en la editorial Catálogos (1986), en una colección dirigida por David Viñas. En ese mismo marco se volvió a publicar el trabajo de Sebrelí sobre Martínez Estrada.

² Sebrelí (*Escritos sobre escritos*) sostiene que la lectura de Sartre no era ni profusa ni compartida por todos los contornistas, pese a las huellas evidentes del autor de *San Genet* en las páginas de *Contorno*. Por el contrario, Carlos Correas en *La operación Masotta* admite que “*Qu’est-ce la*

una necesidad imperiosa de transformar al lector en espectador” (Masotta, *Sexo y traición* 18) es el enunciado apropiado para justificar la tesis de que la narrativa del autor de *Los siete locos* arrastra una condición performativa –que Masotta prefiere presentar en términos de “evolución” (36) –cuya deriva inevitable conduce al teatro en la última década de vida del escritor. Si en ese punto es posible reconstruir una semejanza con el afán dramático de Jean Genet que impacta en el juego perverso de *Las criadas* y en el devenir pavoroso de la celda en que se escenifica *Alta vigilancia*, la sucesión de puntos que aborda Masotta en torno a Arlt tienden a postular un *Contra Genet* a la manera del *Contra Sainte-Beuve* proustiano y, como este mismo ejemplo, oscilante entre una acometida metódica y una voluntad ficcional irrefrenable.

Me detengo en el prólogo con que Luis Gusmán presenta la reedición de *Sexo y traición* en Eterna Cadencia en 2008.³ Allí consta que, contra la simulación representada en Genet (y *Las criadas* se ofrece como prueba inmediata), “para Masotta los locos de Arlt son escolásticos: ‘cada personaje cumplirá más adecuadamente con su esencia cuanto sea más perfectamente lo que es’” (Gusmán 19). Contra la serie de ladrones en Genet, “esa comunidad silenciosa, esa lógica de clase que solo produce delatores es para Arlt, en términos de Masotta, producto de la clase media” (20). Contra las resoluciones imaginarias de conflictos que campean en las venganzas textuales que desparrama Genet, en el hombre arltiano “la posibilidad de convertirse en otro solo será un tema de sus sueños” (20), y las

littérature? de Sartre, en su primera edición castellana de 1950, fue nuestro canon” (24) y se expande a continuación sobre la escasa fidelidad de esa versión y de otras de los autores franceses publicadas por Losada, para rematar: “Que generaciones de argentinos se hayan ‘formado’ en estas ‘traducciones’ es una neta causa, aunque no la única, del desconocimiento de Sartre en la Argentina” (25).

³ Un dato significativo en el plano de las políticas de la crítica que componen las elecciones editoriales: así como Catálogos recobró a mediados de los 80 ciertos ejercicios del contornismo, Masotta fue descartado de esa experiencia y reinstalado, ya comenzado el siglo XXI, en el listado de Eterna Cadencia. Allí convivió con figuras contemporáneas, pero de obra más tardía (el caso de Enrique Pezzoni, autor de un solo libro pero editor y traductor de decenas), con la generación siguiente (Josefina Ludmer, Jorge Panesi) y con los que irrumpen en los 90, como Daniel Link. No obstante, *Sexo y traición en Roberto Arlt* había sido rescatado en la primera mitad de la década de 1980 por el Centro Editor de América Latina en su colección *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, dirigida por Susana Zanetti y con participación activa de Beatriz Sarlo.

fantasías compensatorias de la mucama de *Trescientos millones* acuden a confirmarlo. Contra la ética genetiana que apela al mal radical, en Arlt “la comunidad imposible constituye ‘la imagen invertida de la sociedad’” (21) que abrumba en “Las fieras” tanto como en la galería de desesperados que ventilan su enajenación en *Los siete locos* y *Los lanzallamas*.

El análisis de Masotta parte de un desclasamiento que ya había sido tópico al que apelaron los contornistas y, si se excede en cuestiones de conciencia por lo que Gusmán diagnostica “sartrismo exagerado” (23), resulta previsible la doble inscripción de tal circunstancia en los textos que rodean al libro de 1965: por un lado, la misma presentación del volumen, esa autobiografía alucinada mechada con confesión y fogoneada como *novela familiar* que se llama “Roberto Arlt, yo mismo”; por el otro, hacia el final de la década de 1960, el tironeo que persiste en el título engañosamente conciliador *Conciencia y estructura* (1968), también publicado por Jorge Álvarez, para reunir la ensayística masottiana que circuló por revistas –además de *Contorno*, colaboró en *Centro*, *RUBA*, *Comentario*– antes de recalar en la crítica de los medios y el arte *pop*.

Ricardo Piglia postuló que “Roberto Arlt, yo mismo” apunta a historizar el sujeto de enunciación y representa una despedida de Sartre pero, dado que la impregnación destilaba ribetes superlativos, el mejor modo de mitigar el desgarramiento era mediante una nueva adhesión. La tesis es que la prosa autoanalítica de un distanciamiento ejemplar, en la cual la literatura queda acicateada hasta orillar la anulación, acude al modelo inmediato que ofrece la autobiografía sartreana *Las palabras*, editada el año anterior. Por exigencia del género que la soporta, aunque también por las características diferenciales de los sujetos, la despedida de Masotta “es más densa, más sartreana que la del mismo Sartre [...] (por lo tanto, más arltiana [...])” (Piglia en AA.VV. 2000 123). Como es también el momento en que las lecturas de Freud y Lacan se imponen con la misma fuerza catequística que habían adquirido previamente Merleau-Ponty y Sartre, esa autobiografía que me gusta identificar con la *novela familiar* adquiere para Piglia la *vis ironica* (128) que trasunta el nuevo credo. Lo que retengo de tal

hipótesis es aquello que ratifica el título de mi intervención: Masotta es un arltiano antes que un sartreano, lo que independientemente de cualquier otra connotación significa que sus afanes son ante todo argentinos.

La tríada inicial de lectores de Arlt contemplada en el libro, que esquivo los calificativos para optar por la indeterminación de “algunos”, “otros” y “ciertos” (*Sexo y traición* 25), agremia a quienes se resisten a la crítica, a los preocupados por el compromiso y a los que eluden las contradicciones. El listado omite identificar a cada tipo con un nombre propio, práctica ya cumplida en *Contorno* n. 2, en cuyas páginas airadas se discute el derecho de la izquierda argentina a apropiarse de una figura que procuró sustraerse a su aparato. Sería facilista colocar a Masotta en el segmento de los “comprometidos” por el empleo abusivo de las ideas sartreanas esparcidas en *Sexo y traición* que, como miembro de una clase media con ínfulas intelectuales, se entrega a la mimesis de lo francés (al punto de que la pareja formada con Renée Cuéllar no solamente es una réplica local de la de Sartre y Simone de Beauvoir sino que la fealdad atractiva de Masotta es distinguida por María Moreno como belmondiana)⁴ y se solaza en esa forma de la traición verbal que trueca la delación por el plagio. Masotta no tendría mayor inconveniente en suscribir la frase de impronta genetiana que niega la determinación mediante la voluntad explícita de adecuación: “Que haga pasar como creado por mí lo que me ha sido dado” (75).

También al orden de los deslices lingüísticos que podrían resumirse psicoanalíticamente en la retórica tropezona del *lapsus* corresponde “Roberto Arlt, yo mismo”, que segrega su chantaje emocional como clave de lectura de *Sexo y traición* desde que en 1982 la versión de Centro Editor de América Latina los publicó a la par.⁵ La proclama de que cualquiera que hubiera leído el *San Genet* de

⁴ “Ella era morocha y posaba una negligencia estudiada, una voz baja que debía pronunciar cosas terribles, a juzgar por la cara de él, un feo-lindo como Jean-Paul Belmondo [...]. Mientras, seguía mirándolos de lejos a esos dos: me intimidaban pero, vagamente antiimperialista, los consideraba una burda imitación” (*Contramarcha* 90).

⁵ El texto, escrito para la presentación de *Sexo y traición*, fue incluido luego en *Conciencia y estructura*. La edición de CEAL es la primera que lo integra al libro.



Sartre y se empecinara en emular la “prosa de tonos” de Maurice Merleau-Ponty podría ser el autor del libro tiende antes al exhibicionismo que a la precisión, y no cuesta reconocer en esa bravuconada de hombre informado una sutil traslación de los aprendizajes de los 60 a la composición de un volumen que conjuga los ensayos aislados publicados en diversos medios a fines de los 50.

En “Roberto Arlt, yo mismo” el énfasis en la clase social abruma con un psicoanálisis existencialista que apenas comienza a frecuentar la lingüística lacaniana –ese es un territorio que Masotta, aunque merodea a esa altura (Izaguirre 2011 9-10), explorará mejor en los 70 para convertirse en el introductor de Jacques Lacan en la Argentina (García 1980)– a fin de otorgar al historiador Marcelo Sánchez Sorondo y al sastre aristocrático Anselmo Spinelli un valor que supera el de las categorías marxistas. Es cierto que *Sexo y traición* se abstiene de la categorización de Marx, aunque no de su operatoria en la lectura de Arlt: “Lo económico no es aquí un tema sino que es vivido como destino: ‘La economía convierte en destino la vida de los hombres’, ha escrito Marx” (28). Incluso llega a preguntarse “¿Y si la obra de Arlt pudiera ser interpretada como un cierto y preciso comentario de esas palabras de Marx?” (32).

Inútil discutir si el interrogante constituye una hipótesis o una especulación; la sola presencia de Sartre es convocada como garantía de la conversión de las especulaciones en hipótesis, del mismo modo que promueve las libertades que llevan de la minuciosidad expresiva a los devaneos metafísicos contenidos tanto en la frase “Fascinando de absoluto a sus personajes” (31) como en la etiqueta “*realismo metafísico de Roberto Arlt*” (32). *Sexo y traición* está pautado por el existencialismo y la fenomenología, aunque no vacila en bordear otros dominios que llegan revestidos por el barniz codiciado de la escuela francesa: a la profesión de fe fenomenológica según la cual “El mundo crea en cada uno de nosotros el lugar donde debemos recibirlo” (35) le sucede el axioma sartreano de que “Todo nos viene de los otros: y más seguramente la humillación” (40) para rematar en la delación como acto poético cuyo arraigo remite a Georges Bataille y su juicio sobre *San Genet* con que se clausura *La literatura y el mal* (1959).

La traición es coronación empírica de la ausencia de comunidad entre humillados que transita la narrativa arltiana. “Traicionar es, con palabras, hacer nacer un destino” (83), pontifica Masotta con la grandilocuencia en que se reconoce la frase apodíctica sartreana y se anticipa la homología batailleana entre delación y poesía, en tanto ambas son hechos de lenguaje. “Mi victoria es verbal y la debo a la suntuosidad de los términos” podría repetir Silvio Astier al delatar al Rengo, aunque resta definir si el tono que le corresponde es el del orgullo en el mal que proclama Genet o el de la voluntad de “trascendencia política” (30) con que Masotta justifica la escritura del libro. Enfáticamente arltiano, tras detectar en esa estrategia una eminente forma local de ajustarse a los postulados de Sartre sin deslizarse en fisuras del orden de la traducción, el crítico se comporta como “un hombre en busca de un acto” (38) a la manera de Erdosain. Y si el personaje de *Los siete locos* comete acciones condenables para coincidir con la abyección que se autoadjudica, Masotta despliega una artillería teórica *à la page* para ocupar en el campo intelectual el espacio que se asignó, sin desdeñar un término como “pulsión” que hace reverberar a Freud en busca de un psicoanálisis que ya no lo conforma con las destrezas existencialistas: “La repugnancia se convertirá en una verdadera pulsión” (68).

Podría pretender, a partir de este dato, que ya se vislumbra un psicoanálisis *in nuce* que se volverá dominante en los años 70; de hecho, la crítica no ha trepado en reconocer “etapas” en la producción masottiana (Longoni 2017; Correas 1991), una de las cuales sería la psicoanalítica, antecedida por la existencialista-contornista y la de la crítica de los medios. Prefiero, no obstante, concebir esos momentos como continuidades, ya que tales recortes no son compartimentos estancos sino subrayados ocasionales de elementos siempre conjugados en la episteme múltiple del autor;⁶ y basten como confirmaciones frugales la referencia merleau-pontyana

⁶ Starcenbaum (2016) señala a Louis Althusser como el mediador que le ha permitido a Masotta hacer el pasaje de una a otra escala. Es cierto que su texto, entregado a indagar el impacto de la lectura althusseriana por parte del autor de *Sexo y traición*, reviste menos voluntad de establecer distinciones epocales que de marcar las “correcciones” que el ensayista habría ido operando sobre sus concepciones iniciales, sobre todo en función de arribar a la obra lacaniana (“durante un tiempo el estructuralismo convivió con la tradición fenomenológica teniendo como resultado la

al pansexualismo de Freud que adopta para explicar por qué en Arlt todo queda impregnado por el sexo, y el empecinamiento arltiano en hacer “de lo que es sexualidad algo tan simétrico y tan isomórfico de lo que es el estatus económico de la clase” (84). En esa mixtura de saberes y de estilos que lo impulsa a conferenciar sobre Lacan un año antes de publicar *Sexo y traición*, y a escribir sobre Marta Minujín mientras comenta los casos freudianos más resonantes para la editorial Nueva Visión en una serie codirigida con Jorge Jinkis, Masotta vuelve a coincidir con Arlt en la promiscuidad que lo lleva a flanquear “algunos términos del español clásico” (105), sin que quede claro el referente de semejante designación, con otros que proceden del lunfardo porteño aunque, como advirtió Viñas, resulten tomados “con la punta de los dedos” (1974 68) mediante el recurso gráfico a las comillas que permiten atisbar una entonación extrañada.⁷

Elegir a Arlt como objeto tras la recuperación del escritor cumplida por *Contorno* implica polemizar con el campo intelectual, no ya con los críticos descalabrados por la revista como el comunista Raúl Larra, siempre preferible a “la prosa ilegible y retrógrada de los artículos de J. C. Ghiano” (*Sexo y traición* 65) sino con los propios compañeros: con un Viñas que opta por mantener a distancia por la severidad de sus gestos —como confirma Correas, “el hombre nos incomodaba: enfático, corpóreamente impositivo” (*La operación Masotta* 51)—; con Jitrik, a quien rescata por su libro presuntamente blanchotiano sobre Horacio

articulación entre Lacan y la psicología concreta” 2); el papel de Althusser atañe a “la corrección de antiguas aproximaciones fenomenológicas a la propuesta teórica del psicoanalista francés” (2).

⁷ En “La presentación de Oscar Masotta”, Samuel Basz reseñó la concurrencia de saberes a través de fragmentos del homenaje a Freud organizado por Masotta en octubre de 1973. Así, por un lado, las preocupaciones psicoanalíticas y las críticas aparecen yuxtapuestas cuando relata un sueño en una playa que lo lleva a asociar con Lito Marín, “sociólogo argentino [que] se halla encerrado en una soleada cancha de fútbol en Santiago de Chile” (AA.VV. 2000 52). Por otro lado, se asiste al vértigo nominal del trabajo crítico: “una problemática irresuelta y recrudescida sobre locura e instituciones, sobre materialismo dialéctico y psicoanálisis, sobre ciencia e ideología, política y terapia, soportes y sujetos. La lista es inquietante” (53). En términos epistemológicos el psicoanálisis conjuga la teoría de las pulsiones con la teoría saussureana del signo y la noción psicoanalítica de objeto equivale al objeto de la percepción merleauPontyano (54). Por último, la práctica psicoanalítica constituye una “práctica no libresca que en sí misma es lo que más se parece a un libro” (55).

Quiroga (88);⁸ con Sebrelí, con el que coincide en elecciones teóricas y críticas. Al año siguiente de *Sexo y traición*, Siglo Veinte publica *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* de Sebrelí, cuya condición abusiva radica tanto en la descarada réplica del título de Sartre sobre Genet, aunque convirtiendo en pregunta disyuntiva lo que en su antecesor era afirmación copulativa, como en haber arrebatado el tema a Viñas, que había lanzado sus *14 hipótesis de trabajo sobre Eva Perón* en el periódico *Marcha* de Montevideo, en evidente adelanto de una biografía en curso.⁹

Pero donde mejor se muestra ese desafío a la crítica contemporánea es en los “Seis intentos frustrados de escribir sobre Arlt”. No en el primero, que insiste en el tópico de la humillación que representa ser parte de la clase media; ni en el cuarto, donde debe admitir que, a diferencia de Genet, ninguna de las anécdotas conocidas de Arlt permite comprobar la ausencia de comunidad entre vapuleados – baste recordar la hiperestesia que le atribuye Onetti (1981 12), en el prólogo a *El juguete rabioso*, al cronista de diario conmovido por la extinción de una rosa en un florero—. Son las otras tentativas las que se encaran con los prójimos: la segunda, que desdeña al Arlt grisáceo desprendido de las páginas de Larra en que el escritor se estigmatiza como “torturado”; o la tercera, que concede a *Contorno* el monopolio de comprender “la realidad, esto es, la lucha de clases” (119) contra las figuras que fueron ocasionales en la revista o que se afiliaron al antecedente fugaz de *Las Ciento y Una*: “No es cierto que la derecha haya ignorado a Arlt: Murena, Solero, Ghiano” (118).

El quinto intento ensaya el trazado de una línea que perfeccionará Piglia: Borges y Arlt corresponden a “las peripecias culturales de un país subdesarrollado.

⁸ Respecto de los detalles de esta edición, ver la intervención de Jorge Lafforgue en *Oscar Masotta. Lecturas críticas* (2000 118).

⁹ También Siglo Veinte, vinculada a la Librería Fausto, es una editorial ligada a los antiguos contornistas. Sebrelí había editado allí, además de este volumen (1966), el texto que lo consagra como sociólogo, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964). Por su parte, Viñas difunde en ese sello sus libros críticos de los años 70: tanto las dos versiones de *De Sarmiento a Cortázar* (1971 y 1974; la primera con una página íntegra de dedicatorias, completamente suprimida en 1974) como el par de tomos titulados respectivamente *Apogeo de la oligarquía* y *Crisis de la ciudad liberal* (que en principio habían constituido la especificación del texto sobre Gregorio de Laferrère publicado en 1967 por la Universidad Nacional del Litoral: *Laferrère: del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*).

Tesis atractiva pero que es preciso dejar de lado...” (121). ¿Por qué? ¿Porque es patrimonio del colega, que añadirá a Sarmiento y a Macedonio al concentrado de nombres que resumen una literatura? ¿Porque Borges, denostado por los contornistas al punto de merecer el vituperio de un sujeto tan equilibrado (Correas prefiere llamarlo “el acabóse de la opacidad” 56) como Adolfo Prieto –que lanza la diatriba *Borges y la nueva generación*– es ensalzado por *Les Temps Modernes*, es decir, por el mismo Sartre que debería descartarlo como figura colonizada? La tentativa final rehúye una respuesta y se encara con Nira Echenique (previamente mencionada junto a Larra, en tanto militante de una izquierda dogmática) por su condena de la homosexualidad como “vicio hediondo”. Masotta le opone las alternativas judiciales del relato “La narración de la historia” de Carlos Correas que demandaron la paciencia infinita de Jorge Lafforgue, entonces presidente del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras en cuya revista se publicó, y la asesoría letrada de Ismael Viñas para convertir el entuerto en un triunfo del derecho contra la censura.

Dije antes que no hay etapas en Masotta sino énfasis diferenciales y momentáneos entre los saberes de que disponía y los registros que manejaba. *Conciencia y estructura*, pese a la provocación que levanta el coordinante entre dos insignias teóricas y a que cada título de sección –“Filosofía y psicoanálisis”, “Crítica y literatura”, “Estética de vanguardia y comunicación de masas”– compone según Daniel Link “un pequeño escándalo, un oxímoron epistémico” (Link *apud* Peller 2010), acentúa, a fuer de recopilación de trabajos previos combinados con incursiones recientes, algunas líneas de *Sexo y traición*. Vaya como ejemplo la que hace de la suegra el centro de la antropología estructural arltiana, cuya mirada calculadora “asegura la cohesión del grupo” (*Sexo y traición* 91). El epígrafe de Sartre al libro de 1965 es desplazado, a su vez, por el de Bernard Pingaud en el volumen de 1968 que predica el paso del existencialismo al estructuralismo.

Congruente con esa elección, el prólogo que Diego Peller inserta a la reedición de 2010 se abstiene de mencionar a Sartre (también, es de rigor admitirlo, a Lévi-Strauss: son antiguallas para una biblioteca que se pretende actualizada); el

original de Masotta, en cambio, se empeña en marcar el distanciamiento con el existencialismo y, al proclamar que la función que le corresponde al intelectual es teórica, trueca la fantasía de responder a una misión en que se abismaba el “compromiso” por el desempeño de un rol que nada indica que se haya desprendido de la “pose” que admite haber practicado (y a la que contribuye soberbiamente el análisis de la foto en “Roberto Arlt, yo mismo”). La justificación de semejante paso acude al expediente lukacsiano de la “totalización”, en voluntario olvido del descarte previo que le mereció el “arte decadente” en una nota al pie de *Sexo y traición* (81), para hacer del arte de los medios de comunicación masiva la perspectiva estética más abarcadora. A la luz de los datos posteriores resulta impropio aclarar que sus productos no fueron elevados a “temas de la conciencia posrevolucionaria” (*Conciencia y estructura* 35) como cavilaba el crítico, tanto como que la “moda” de Marshall McLuhan fue asaz efímera como para que desde hace décadas se lo haya borrado de los planes de estudio y se lo destinara a un arribamiento compartido por íconos sesentistas como Herbert Marcuse o el Umberto Eco de *Apocalípticos e integrados* (1964), que iniciaba en el manifiesto intelectual para especializarse luego en las historietas y abordar el fenómeno adolescente de Rita Pavone.

Donde Masotta es más vehemente –y esta condición, en términos de Correas, está sostenida tanto en “el capital principal de odio” (*La operación Masotta* 47) que dilapidaba como en la ausencia de preceptiva de que goza la crítica literaria– en su postulación sobre el compromiso intelectual es en los estudios que dedica a la literatura argentina. Es el caso de “*Sur* o el antiperonismo colonialista”, texto publicado en *Contorno* en 1956 en el que alcanza una claridad que resultaba opacada en el sartrismo opresivo de *Sexo y traición*: allí la clase no se traduce exclusivamente en acciones sino, dentro del orden oligárquico en que se desempeña la gran burguesa, en la retórica que la Ocampo reduce al grito y al rezo (139) cuya equivalencia práctica encarnan –mi elección es deliberadamente sartreana– la policía y el sacerdocio (141). En las páginas de *Sur*, no obstante, se asiste a lo mismo que Masotta pregona como privilegio del arte mediático en *Conciencia y*



estructura: la revolución de los especialistas se volvió requisito extremo del sistema, en vías de perfeccionamiento hacia la exigencia de *expertise*, hoy convertida en prerrequisito en cualquier formulario de organismos de investigación.

Otra evaluación del compromiso es, previsiblemente, la “Explicación de *Un dios cotidiano*”, casi inmediata a la publicación de la novela de Viñas (aparece en la revista *Comentario* en 1958). Frente a la refinada “prosa de tonos” merleaupontyana escogida por Masotta, “para Viñas comprometerse era escribir con violencia” (160), gestualidad conveniente del “indignado” que en vez de optar por la figura arltiana decide asociarse a la de Martínez Estrada, el otro autor rescatado por *Contorno* en el estrecho panteón que veneraba. La escritura violenta que soporta la vehemencia apodíctica de la certeza (“cargado de verdades” (161), le reprocha a un Viñas impúdico en su convicción) quiere superponer el cambio efectivo con la pura denuncia y suspender la dialéctica real en la producción de escándalo a partir de opuestos chirriantes. Para el renovador de la crítica que se propone ser Masotta, Viñas es apenas un sujeto estancado en el pasado, cuyo interés por la historia amenaza volver paleontológica su obra y detenerse en la arqueología de la violencia que inicia su crítica con la tentativa de violación del unitario en *El matadero*. Más vengativo que autocrítico, más ofuscado con la impertinencia de David que convencido de sus propias razones, termina acusándolo de asumir un tono excesivo para un gesto al que no le reconoce el mínimo riesgo.

En “Ricardo Rojas y el espíritu puro” (publicado en 1958 en *RUBA*) la estrategia es homologar a Rojas con Barrès, hacer del nacionalismo del argentino una emulación exacta del francés. Nuevamente, se le podría aplicar a Masotta idéntico cartabón, excepto que ahora la lectura dominante es menos la de Sartre que la de Lucien Goldmann (*La operación Masotta* 49), pero más allá de la inmediatez situacional que prodiga en sus escritos prefiero concentrarme en lo que habilita en términos de sistema crítico: en esa práctica en función de un campo intelectual interpósito, Masotta sienta las bases para la aplicación desaforada de equivalencias entre situaciones incomparables, y en consecuencia tal ejercicio alerta sobre una deformación que todavía urge atender: la adopción sin mediaciones de métodos y

fenómenos ajenos a la cultura argentina. Acaso el ejemplo de Pierre Bourdieu sea el más trajinado al respecto.¹⁰

Quiero cerrar en este punto que me permite ratificar la elección brutal del título de mi intervención. Masotta se amparó en el modelo de Sartre, exacerbó el estilo de Merleau-Ponty, confió en el método de Goldmann, introdujo a Lacan en la lengua española, se fascinó con Maurice Blanchot (ya recurrido por Jitrik) y con Georges Bataille y confesó haber conjurado cualquier pose de escritura mediante el aprendizaje del peligro de escribir, según profesaba *La edad del hombre* de Michel Leiris (240), ese autor que, en opinión de Juan Villoro, reducía la literatura latinoamericana a “una vasta oportunidad de documentar oprobios” (2012 21). En semejante pléyade de franceses –que al momento de ejercer la crítica de los medios resultó postergada por bibliografía en lengua inglesa y por *happenings* neoyorkinos que aplastaron las lecturas parisinas–, lo argentino quedó desdibujado o sometido (apenas si aparece forzosamente, por presión de la consigna, en su respuesta a la *Encuesta sobre la crítica literaria argentina* organizada por Adolfo Prieto desde la Universidad del Litoral: allí cita como ensayos fundamentales *Orden y progreso* de Ismael Viñas, *Persona y comunidad* de Rozitchner y el clásico de Sebrelí). La elección de Arlt, incluso bajo tales auspicios y con el arrastre que un término como “elección” acarrea desde la fenomenología, fue la estrategia más eficaz para evitar una colonización lineal y ponerse a la altura de las teorías promulgadas con gesto episcopal; ser arltiano fue simultáneamente un modo de implantar y sosegar el avasallamiento sartreano y de corregir la *hamartía* o error trágico de haber despreciado a Borges en que incurrió la generación contornista, para la cual la literatura argentina se resumía en esos dos nombres elevados a símbolos.

¹⁰ Sobre Masotta como “importador”, ver “El duro banco del objeto. Masotta entre Arlt y Merleau-Ponty” de Adriana Testa (AA.VV. 2000 94). En el mismo volumen, Roberto Jacoby (“Vanguardia y comunicación”) evidencia la operación inversa: la conferencia “Después del *pop* nosotros desmaterializamos” presentada en el Instituto Di Tella fue reproducida –sin reconocer su origen– por Lucy Lippard en *Desmaterialización del objeto del arte del 66 al 72* (107).

Bibliografía

- AA.VV. *Oscar Masotta. Lecturas críticas*. Atuel/Anáfora, 2000.
- Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. El Aleph, 2000.
- Correas, Carlos. *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa*. Catálogos, 1991.
- Croce, Marcela. *Contorno. Izquierda y proyecto cultural*. Colihue, 1996.
- García, Germán. *Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano*. Argonauta, 1980.
- Guerrero, Diana. *Arlt, el habitante solitario*. Granica, 1972.
- Gusmán, Luis. “Prólogo”, en Oscar Masotta. *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Eterna Cadencia, 2008 pp. 13-32).
- Izaguirre, Marcelo. “Prólogo”, en Oscar Masotta. *Ensayos lacanianos*. Eterna Cadencia, 2011, pp. 9-25.
- Mangone, Carlos y Jorge Warley. *La modernización de la crítica: Contorno*. Historia de la Literatura Argentina n. 113 (2 vol.). Centro Editor de América Latina, 1986.
- Masotta, Oscar. *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Prólogo de Luis Gusmán. Eterna Cadencia, 2008.
- _____. *Conciencia y estructura*. Prólogo de Diego Peller. Eterna Cadencia, 2010.
- _____. *Ensayos lacanianos*. Prólogo de Marcelo Izaguirre. Eterna Cadencia, 2011.
- _____. *Revolución en el arte*. Edición de Ana Longoni. Mansalva, 2017.
- Mendoza, Juan José. “La editorial Jorge Álvarez (1964-1969)”, en *Pidamos peras a Jorge Álvarez*. Catálogo de la exposición. Biblioteca Nacional, 2012.
- Moreno, María. *Contramarcha*. Ampersand, 2020.
- Onetti, Juan Carlos. “Prólogo” a Roberto Arlt. *El juguete rabioso*. Bruguera, 1981, pp. 7-16.
- Peller, Diego. “Prólogo”, en Oscar Masotta. *Conciencia y estructura*. Eterna Cadencia, 2010, pp. 9-23.
- Prieto, Adolfo. *Borges y la nueva generación*. Letras Universitarias, 1954.
- Proust, Marcel. *Contra Sainte-Beuve*. Losada, 2011.



- Rosa, Nicolás (dir.). *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*. Biblos, 1999.
- Sartre, Jean-Paul. *San Genet, comediante y mártir*. Prólogo de Eduardo Grüner. Losada, 2003 [1952].
- Sebreli, Juan José. *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*. Sudamericana, 1997.
- Starckenbaum, Marcelo. “La mediación althusseriana: Oscar Masotta entre la fenomenología y el estructuralismo”. *Cuadernos LIRICO* n. 15, 2016, pp. 1-19. Disponible en <https://journals.openedition.org/lirico/3180>
- Villoro, Juan. *El testigo*. Anagrama/Página 12, 2012 [2004].
- Viñas, David. *De Sarmiento a Cortázar*. Siglo Veinte, 1974.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

